

apoyo, rodamos hasta llegar á la arena que forma el lecho del río; ya nos esperaba el Sr. García, quien nos manifestó lo muy apurado que se encontraba por nosotros, ofreciéndonos á la vez una botella con agua y mezcal, de la cual nos bebimos la mitad. Descansábamos apenas sobre la arena de las fatigas anteriores, cuando una exclamación del Sr. García nos llamó la atención, haciéndonos volver la cara justamente á los lugares por donde pocos momentos antes habíamos andado casi perdidos; y cuál sería nuestro asombro cuando contemplamos al Dr. Altamirano con las dos señoritas brincando peñas y salvando los pasos más difíciles y peligrosos; hubo un momento de verdadera angustia para nosotros y no pudimos menos de admirar por centésima ocasión la intrepidez y fuerza de ánimo de nuestras compañeras de viaje. Por fin cerca ya de las dos de la tarde nos reuníamos de nuevo en el lugar donde habíamos dejado las cabalgaduras y regresamos á Cacahuamilpa, donde un almuerzo apetitoso preparado por D. Crescencio nos esperaba ya sobre la mesa.

Cuando estuvimos todos sentados pudimos notar que faltaba uno de nosotros, el Sr. Morales; en vano se le buscó por todas partes; se preguntó á los guías por él y no pudieron dar razón, hasta que quedamos convencidos que debería haberse extraviado en la barranca que habíamos recorrido; acto continuo se mandaron dos guías que fueran en su busca; fué notable la impresión que causó en nosotros este accidente, sobre todo en las dos señoritas que ya se imaginaban al Sr. Morales víctima de alguna desgracia mayor.

Concluimos de comer cuando llegó el Sr. Morales casi jadeante y explicándonos cómo había quedado perdido, sin que le hubieran valido los gritos que daba para que supiéramos dónde se hallaba.

Regreso.—De Cacahuamilpa á Tetecala.

Inmediatamente después se procedió al arreglo de los equipajes y á ver que se ensillaran y cargaran las bestias, de tal suer-

te que á las cuatro de la tarde pudimos salir rumbo al Norte. Cuando ya todos estaban en sus caballos y que la comitiva comenzaba á desfilar, no pudimos menos de sentir una viva impresión al dejar aquel paraje pintoresco donde tanto habíamos admirado y al cual tanto trabajo nos había costado llegar; pero fuerza era volver, y no obstante que habíamos ya saciado nuestra curiosidad, que habíamos realizado todos nuestros deseos, sentíamos con pena el que tocara á su fin la expedición.

Durante un trayecto bastante largo seguimos el mismo camino que habíamos traído á nuestra llegada, acompañados por D. Crescencio que quiso ir con nosotros hasta los linderos de su distrito. A las cuatro y cincuenta llegamos á la Barranca de Santa Teresa donde se despidió de nosotros tan amable persona y á la que estamos muy agradecidos por sus bondades; seguimos después frente á la hacienda de Michapan á un lugar donde se bifurca el camino, siguiendo una de sus derivaciones hacia la hacienda de San Gabriel y era el que se había hecho para llegar á Cacahuamilpa; y el otro que conduce á los pueblos de Coatlán y otros que se hallan al N.; por iniciativa del Dr. Altamirano seguimos el segundo y comenzamos á recorrer un terreno desconocido. Después de haber atravesado algunos collados y lomas que forman la vertiente NW. de los llanos de Michapan, llegamos á las seis de la tarde á una pequeña población que se denomina Chavarría; no nos detuvimos nada y dejándola á un lado seguimos de frente. No se crea que durante este viaje por ser ya de regreso se nos había acabado el buen humor, pues por el contrario veníamos animados del mismo contento que cuando comenzó la excursión, y sólo uno que otro, cansado ó enfermo, venía quizá algo triste. A las seis y media de la tarde, precisamente á la hora en que nos faltó por completo la luz del sol, llegamos á la orilla de una gran barranca muy amplia que tuvimos que seguir en sus bordes para poder bajar y pasar del otro lado; casi una hora empleamos para llegar al fondo, donde nos encontramos con un caudaloso río cuyas aguas corrían impetuosas bajo un mal puente formado de otates que

tan sólo tiene dos metros de ancho; uno por uno pasamos para encumbrar del otro lado y comenzar á penetrar al pintoresco pueblo de Coatlán del Río, cuyo nombre que es mexicano quiere decir lugar de víboras; pero la verdad es que no obstante su etimología á nosotros nos pareció primoroso, pues tuvimos que recorrer una de sus calles que se encuentra formada de uno y otro lado por frondosos fresnos de tupido follaje, confundidos y mezclados con platanares cuyas amplias hojas brillaban á la luz de la luna y otra multitud de arbustos y árboles frutales que forman de aquel lugar un verdadero vergel, cuyo ambiente estaba saturado de los diversos aromas que emanan de aquella exuberante vegetación; á todo esto debe agregarse que por entre el follaje podíamos ver hacia un lado el río que acabábamos de pasar, cuyas aguas quebrando los pálidos rayos de la luna, enviaban hacia nosotros destellos opalinos y argentados que nos permitían percibir á la corriente en medio de la obscuridad, como una cinta de plata diversamente contorneada y constantemente móvil. Ante aquel paisaje espléndido todos enmudecimos y cada cual sumido en sus propias reflexiones, gozaba de la hermosura de la noche; hubo momentos en los que en medio del ligero rumor de las hojas y del lejano murmullo del río, sólo se podían escuchar las pisadas de nuestras cabalgaduras; no fué sino después que pasamos aquel lugar cuando comenzamos á comunicarnos nuestras reflexiones, precisamente en los momentos en que muy á lo lejos se nos presentaron unas luces. Por lo pronto creíamos que ya era el punto de llegada, pero luego que nos acercamos supimos que era la hacienda de Actopan, cuyas máquinas estaban en aquellos momentos en actividad; no paramos ni un sólo momento pues temíamos que la luna se ocultara y quedáramos en tinieblas; de suerte que seguimos de frente hasta llegar á la población de Tetecala, habiendo dado ya las nueve de la noche.

Gran sorpresa causó en la población nuestro arribo, pues ya á aquellas horas todas las gentes estaban recogidas, de suerte que no sin alguna dificultad conseguimos alojamiento en un mal

meson, donde nos proporcionaron dos cuartos pequeños en que nos pudimos instalar; una vez hecho lo cual salimos á buscar que cenar, encontrando por fortuna una fonda cerca de la plaza que aun no cerraba sus puertas y en la que aunque malo pudimos cuando menos satisfacer nuestras necesidades.

Habíamos concluido ya de cenar y estábamos en la plática de sobremesa, cuando un accidente vino á impresionarnos bastante.

En la mesa contigua á la que estábamos instalados cenaban otros de nuestros compañeros, uno de los cuales se levantó repentinamente como para retirarse extendiendo los brazos en el aire y calló al suelo completamente sin sentido; acto continuo los Dres. Altamirano y Govantes fueron á atenderlo, evitando que los Sres. García y Schwenghagen lo levantaran del suelo como querían, creyendo así poderlo aliviar. Determinó el Dr. Altamirano que permaneciera acostado, y sólo después de un larguísimo intervalo comenzó á entreabrir los ojos y pudo pasar una cucharada de agua que se le ofrecía.

Júzguese de nuestra mortificación y pena en aquellos momentos, en una fonda, en un pueblo desconocido y con un accidente que revestía caracteres alarmantes.

Luego que hubo recuperado un poco las fuerzas el enfermo, se le acomodó en uno de los catres de campaña que habíamos hecho traer y se le condujo en él á nuestro alojamiento. Sin mayor novedad se pasó la noche.

Tetecala.

Eran las seis de la mañana del día 6 cuando comenzamos á recorrer las calles de la población, después de haber hecho nuestras observaciones de hipsómetros y después de haber tomado un magnífico desayuno con el cual nos obsequiaron nuestras siempre amables compañeras de viaje.

Para formarnos mejor idea de la población nos dirigimos á

la plaza principal, á la cual llegamos después de haber atravesado tres ó cuatro calles algo irregulares y mal empedradas; la plaza es un gran rectángulo, en el centro del cual hay un jardín con su consabido kiosco, formando las aceras que la limitan el palacio municipal, la parroquia, algunas casas de comercio y las fincas de los principales del lugar. Después de haber recorrido la plaza penetramos á la iglesia que presenta en su interior un aspecto bien pobre, pudiendo notar que la mayor parte de sus santos son de lo más desfigurados, de esos que en lugar de inspirar devoción provocan hilaridad, y no queriendo dejar de ver nada, recorrimos el cementerio leyendo la serie de epitafios que nos permitieron conocer los apellidos de las principales familias y los alcances literarios de la población.

De regreso ya para nuestro alojamiento con el fin de arreglar la marcha, pasamos frente al palacio municipal donde se hallaba el jefe político Sr. D. Pablo Ruiz que era del Dr. Govantes un antiguo amigo y acto continuo se puso á nuestras órdenes y nos ofreció su casa; desde ese momento no se desprendió ya de nosotros y aun nos ofreció acompañarnos hasta la hacienda de Miacatlán, á la cual mandó avisar que llegaríamos como á medio día.

El haber trabado amistad con el Sr. Ruiz nos permitió el que tuviéramos algunos datos relativos al distrito de Tetecala, que es uno de los más importantes del Estado de Morelos. El número de sus habitantes es de 31,000, dedicándose la mayor parte á las labores del campo.

Los principales productos de sus fértiles tierras, colocadas todas entre 800 y 1,000 metros sobre el nivel del mar, son la caña de azúcar, café, frutas y algunas gramíneas y leguminosas, pudiéndose considerar que los productos anuales alcanzan á la suma de 947,000 pesos.

Los terrenos de este distrito están casi todos bañados por abundantes corrientes de agua que en su mayor parte lo recorren de N. W. á S. W. ó de N. á S., entre los cuales debe citarse el Amausac que recoge las aguas de casi todos los demás.

La ciudad de Tetecala en sí no presenta un bonito aspecto, pues además de encontrarse en medio de grandes lomas calizas sin vegetación, sus casas son bajas, irregulares y de no buen aspecto, la mayor parte de teja, no obstante que el nombre de Tetecala, que es de origen mexicano, quiere decir, lugar donde hay casas de techo de bóveda. El número de sus habitantes es de 1,600 y es un punto de tránsito importante entre Cuernavaca y las demás poblaciones principales del Estado.

De Tetecala á Jojutla, 29 kilómetros.

Salimos de Tetecala á las nueve de la mañana, rumbo al Poniente y por un camino que no presentaba nada de agradable, pues se encuentra abierto entre los extensos lomeríos áridos y secos que forman esta parte del Estado; no obstante, no nos faltaron puntos de estudio de y agradable conversación que nos permitió pasarnos el rato casi sin sentir, hasta que llegamos á la hacienda de Miacatlán que sólo dista de Tetecala unos cuatro kilómetros.

Como el Sr. Ruiz había mandado avisar, ya nos esperaban, y apenas nos presentamos en la puerta de la hacienda nos hicieron entrar al amplísimo patio de la finca, obligándonos inmediatamente á subir á la habitación del Sr. administrador D. Sixto Sarmina, quien nos recibió de la manera más franca y cortés.

Luego que consideró el Sr. Sarmina que habíamos descansado, nos condujo á que visitáramos la finca, enseñándonos de una manera detallada todos los departamentos y maquinarias de la hacienda: desde el trapiche donde se muelen las cañas entre dos grandes cilindros movidos por una rueda hidráulica, hasta el lugar donde cristalizan los grandes panes de azúcar y los alambiques donde destilan el aguardiente.

Mucho nos agradó á todos nosotros el poder observar el arreglo y limpieza que reina en toda la finca, notándose en todas

sus labores y departamentos una habil dirección. Después que hubimos recorrido las enormes galeras atestadas de piloncillos de azúcar blanquísima y de haber visitado los grandes depósitos de melaza donde existen millares de metros cúbicos de miel próximos á convertirse en alcohol, vimos también las máquinas de vapor y en seguida nos retiramos á la habitación del Sr. Sarmina, donde nos esperaba ya un suculento almuerzo que nos fué servido con todas las reglas de la buena educación, haciéndonos los honores de la mesa dicho señor y sus hijos que no dejaron de atendernos y llenarnos de sus finezas y atenciones. Después de siete días, era el primero en que comíamos en forma.

Durante toda la mesa reinó la mayor franqueza y poco tiempo después de haber concluído nos retiramos á los corredores donde unos en sillones mecedores, otros en una amplia hamaca, procurábamos tomar fresco y gozar de la hospitalidad tan espléndida de que éramos objeto.

Como era natural no dejamos de pensar en tomar fotografías de la hacienda, así como de la familia del Sr. Sarmina, que bondadosamente se prestó á formar un grupo en el que, acompañado de los señores sus hijos y de las señoritas sus hijas, formaban el núcleo de todos los compañeros de viaje colocados en su derredor.

A las tres de la tarde resolvimos emprender la marcha y después de una cordial despedida, no pudimos menos que prorrumper en entusiastas hurras por la hacienda de Miacatlán y de su digno administrador, el que rodeado de su familia y desde los corredores nos daba el último adiós.

El camino que conduce de Miacatlán á Jojutla no presenta mucha variedad, á no ser por el lugar donde se halla la pequeña lagunita de Cualtetelco, en cuyas aguas revolotean multitud de gallinas del agua, blanquísimas garzas y otras muchas aves acuáticas que forman graciosos grupos diseminados ya en los tules que crecen á la orilla, ya en el centro de las aguas. Pasamos por este lugar á las cuatro de la tarde, y no pudieron menos de bajarse de sus caballos los cazadores y tratar de coger

algunas de aquellas aves; pero con tan mala suerte, que después de haber hecho varios tiros volvieron á nosotros con las manos vacías. Luego que hubimos pasado este lugar comenzamos á recorrer lomas áridas y extensas; pero que no por eso disminuían nuestro buen humor y regocijo, pues á falta de observaciones ó de colectas que hacer, buscábamos entretenimiento en hacer galopar á nuestras cabalgaduras. No obstante esto llegó la noche sin que pudiéramos llegar á Jojutla y tuvimos que seguir nuestro camino alumbrados tan sólo por la luna que apenas dejaba pasar tenues rayos por entre las nubes que la cubrían; pero afortunadamente el Sr. García había guardado algunos de los fanales que habían sobrado en la caverna y cuando menos lo esperábamos nos alumbró el camino con una espléndida luz roja, poco después una verde y así continuamos hasta las nueve de la noche que vimos las primeras luces de la población, á la cual llegamos pocos momentos después, encontrándola ya en la más profunda tranquilidad. Acto continuo nos dirigimos á la estación, donde hallamos nuestro wagón y procuramos instalarnos de la misma manera que cuando habíamos llegado de México, y la única dificultad que hubiéramos tenido era la de los alimentos precisos, á no ser por las provisiones del Dr. Altamirano y la amabilidad de las señoritas que nos prepararon un buen atole de pinole, nos la hubiéramos pasado sin cenar, pues en la población no había una sola puerta abierta y reinaba ya la tranquilidad de media noche.

Pasamos ésta sin más novedad que sentir mucho frío en la madrugada, pues en estos lugares de la tierra caliente hay mañanas en las que el termómetro baja muy cerca del punto de congelación, para en cambio subir á medio día 33 ó 34° centígrados, provocando variaciones que perjudican notablemente á la salud.

A las cuatro de la mañana nos levantamos despertados por el silbato de la locomotora y comenzamos á disponer nuestras cosas para la marcha.

Regreso á México.

Eran las seis de la mañana cuando se puso el tren en marcha rumbo á la capital; todos nosotros estábamos alborotados por llegar cuanto antes á nuestras casas, á la vez que con sentimiento veíamos que concluían los días que habíamos tenido llenos de regocijo y contento.

La mayor parte del día la pasamos haciendo comentarios sobre nuestra expedición y admirando de nuevo los paisajes que sucesivamente se presentaban por segunda vez á nuestra vista; y realmente el camino hubiera sido para nosotros largo y cansado, si no hubiera sido porque aprovechamos algunos momentos para poder platicar con los naturalistas y sacar de ellos los datos y noticias que habían recogido durante la expedición; así es que primero con el Dr. Altamirano, después con el Sr. Villada, y por último con Alfonso Herrera, nos entretuvimos la mayor parte del día.

En la tarde después de comer nos preparábamos para dormir una buena siesta arrullados por el balanceo y ruido acompañado del tren, cuando las señoritas recordaron que el día anterior había sido la fiesta de los Santos Reyes y que nosotros no la habíamos celebrado, proponiendo además que aun cuando fuera un día después y antes de que se separaran los excursionistas, hiciéramos la consabida rifa: á falta de la rosea que se acostumbra repartir, escogieron unos grandes panes que habían comprado en Ozumba para introducir en uno de ellos una moneda que substituiría á la haba.

Se partieron tantos pedazos como personas había en el coche y le tocó al Dr. Altamirano hacer el reparto; es por demás el decir aquí que todo aquello lo hacíamos entre risa y alegría, y sobre todo que estalló el entusiasmo en todos cuando vimos que el Dr. Govantes trataba de ocultar la moneda que acababa de encontrar en el pedazo que le tocó; todos inmedia-

tamente lo proclamamos rey, y entre los súbditos que le hacían presente sus homenajes no faltó el Sr. García que de rodillas y con su burrito en los brazos, pedía á su majestad protección y amparo para él y su tierno animalito.

Con este y otros chistes que resultaron después, pasamos la mayor parte de la tarde hasta llegar á la estación de los Reyes, después de la cual la mayor parte de los compañeros comenzaron á reunir sus cosas y preparar sus equipajes para desembarcar; por fin, á las cinco y treinta de la tarde del día 7 un silbato de la locomotora anunció que llegábamos á México.

Había concluido nuestro viaje y acto continuo nos dispusimos para llegar á nuestros hogares, despidiéndonos con efusión de todos los compañeros, manifestándoles á cada uno de ellos nuestros sentimientos de gratitud y aprecio por los ratos tan agradables que de diversa manera nos habían proporcionado durante toda la expedición.